



“La leyenda de la riqueza mexicana”

p. 9-22

Martín Quirarte

*Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1970

268 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 9)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2019

Disponible en:

[www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/  
historiografia\\_imperio.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/historiografia_imperio.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



País rico, maravillosamente rico, verdaderamente un Cipango.

M. CORTA

La nación mexicana tiene los mayores elementos de grandeza y prosperidad que no ha tenido nación alguna en el mundo.

LUCAS ALAMÁN





## LA LEYENDA DE LA RIQUEZA MEXICANA

Al despuntar la primavera del año de 1803, Alejandro de Humboldt llegaba al puerto de Acapulco, después de haber visitado en compañía de Aimé Bonpland algunos países de la América equinoccial. Recomendaciones del rey Carlos IV permitieron a los dos viajeros recorrer tierras entonces pertenecientes al Estado español, gozando de todo género de facilidades.

Nueva España trató a Humboldt con la distinción de que era merecedor. Aquel hombre de cultura enciclopédica y de trato afable, tuvo siempre los mejores conceptos para expresarse de una sociedad que le fue tan cordial. La juventud estudiosa lo rodeó. Los sabios mexicanos lo colmaron de atenciones y muchos de ellos no le negaron su colaboración. Las autoridades novohispanas le dieron toda la protección necesaria para el buen resultado de sus investigaciones científicas.

Humboldt reunió datos, efectuó investigaciones, elaboró estadísticas de un país que bien pronto lograría su independencia política. Pasó después a Cuba donde acrecentó su ya rico caudal de conocimientos sobre la América española. En 1804 llegaba a Filadelfia. Escribió de inmediato a Tomás Jefferson, presidente de los Estados Unidos. Después de expresarle la admiración que sentía hacia él, solicitó el honor de presentarle sus respetos.<sup>1</sup> El jefe supremo de la República anglosajona accedió a la petición del viajero. Quería tener noticias de Hispanoamérica y en particular de Nueva España. ¿Quién podía otorgárselas mejores?

Durante semanas enteras Humboldt fue agasajado por los más eminentes funcionarios del gobierno norteamericano. Lleno de reconocimiento, pero dominado también por la mayor ingenuidad mostró planos y mapas. Habló sobre la riqueza de Nueva España, su composición étnica y condiciones geográficas.

Los Estados Unidos acababan de adquirir la Luisiana y deseaban tener datos sobre territorios entonces españoles limítrofes a ella, hacia los cuales dirigían ya su mirada codiciosa. Por otra parte, la ambición del presidente no era un deseo privativo; Jefferson al fin de cuentas fue uno de tantos representantes del

<sup>1</sup> Este viaje a los Estados Unidos ha sido narrado detalladamente por el Dr. Juan Antonio Ortega y Medina. Véase su interesante prólogo a la obra de Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 1966, pp. xvi-xviii.

deseo expansionista. La naciente República no era todavía el país del “Destino Manifiesto”, pero había logrado su primer gran acrecentamiento territorial y su avidez no estaba aún satisfecha.

Humboldt creía entonces en la bondad de los Estados Unidos. Le quedaban suficientes años de vida para lamentarse del candor con que había juzgado a la joven nación.

Pero Humboldt no sólo contribuyó al acrecentamiento de la codicia norteamericana, sino que despertó el interés de los europeos por México. La verdad es que aun sin proponérselo, puso los pilares de la leyenda de la riqueza mexicana.

Cuando Humboldt comenzó a sorprender a la Europa y a la América cultas de su tiempo, poseía dos grandes cualidades que lo hacían altamente recomendable: era una de las autoridades científicas más respetables y poseía una forma literaria tan precisa como elegante. Humboldt habló con gran entusiasmo en su *Ensayo político de la Nueva España* de las riquezas de México, sus adelantos culturales, la belleza de sus paisajes. A lo largo del siglo XIX y aun en las dos primeras décadas del XX, la obra de nuestro viajero inquietó la mente de los hombres europeos. Blasco Ibáñez en su libro *El militarismo mexicano*, constituye un ejemplo elocuente del influjo que todavía tenía en Europa la obra de Humboldt, después de un siglo de haber sido publicada por primera vez.

La influencia del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, en la mentalidad mexicana del siglo XIX, es indudable. Hasta nuestros grandes clásicos como Lucas Alamán, Lorenzo de Zavala y José María Luis Mora no pudieron sustraerse a la fascinación, que sobre ellos ejercieron las apreciaciones de Humboldt.

Se ha dicho que el barón con sus hipérboles causó mucho daño a México, despertando el apetito de las naciones extranjeras y creando en los mexicanos un concepto equivocado de su propio país. Ciertamente Humboldt habló de la riqueza minera de México y de la fecundidad agrícola de algunas regiones; pero no dejó de señalar los aspectos negativos que contribuirían a frenar su progreso. Habló de la escasez de lluvias, la falta de ríos navegables; insistió en la necesidad de mejorar el sistema de riegos y no ocultó la condición servil del indio y de las castas. No fue culpa de Humboldt, si multitud de mexicanos y extranjeros,

mal intrepretando sus escritos, sólo tomaron en cuenta la parte generosa y optimista de sus afirmaciones.

No poseyendo el rigor científico de Humboldt y careciendo del amor que lo ligó a México, otros viajeros del siglo XIX contribuyeron a robustecer la leyenda de la riqueza mexicana. Tuvieron los franceses en esta actividad un papel eminente. Margarita Martínez Leal de Helguera ha elaborado un valioso trabajo al respecto; en él campea una sólida crítica aunada a un estilo diáfano y preciso.<sup>2</sup> Inicia su trabajo partiendo de una hipótesis: muchas de las ideas de los viajeros franceses pudieron haber contribuido para que Napoleón se decidiera a intervenir en la vida política mexicana.

¿Qué clase de personajes eran estos viajeros? Los había de diferente calidad moral e intelectual. Hubo quien se sintió atraído sólo por la belleza del paisaje y las costumbres del país. Pero no faltaron los hombres de ciencia, empresarios y agricultores que aspiraron a dar una visión social, política y económica del México de su tiempo.

No se llenarán estas páginas abusando de los nombres, tampoco se recurrirá a la narración de los detalles intrascendentes. Bastan los rasgos esenciales, para poder apreciar el influjo que pudo haber tenido esta literatura en el ánimo de los contemporáneos.

La mayor parte de los viajeros hablan de México como un país de ensueño: a su extraordinaria belleza agregan que tiene la virtud de poseer todos los climas. Cuenta con importantes minas de oro y plata, muchas de ellas no aprovechadas aún. El suelo es fecundo para diversos cultivos. La caza y pesca son abundantes.

Mathieu de Fossey declara que diez años de estancia en México son suficientes para crear una fortuna. Él mismo agrega, que si sus minas explotadas son ricas, su prosperidad es mínima comparada a la de aquellas que no han sido explotadas.

Michel Chevalier cree que México es un país dotado de enormes riquezas, «ocupado por una población que no logra los bene-

<sup>2</sup> Margarita Martínez Leal de Helguera. *Posibles antecedentes de la intervención francesa de 1862, a través de las obras de viajeros franceses*. México, 1963, 256 pp. Se trata de una tesis profesional digna de ser publicada. Una visión sintética del trabajo apareció en la revista *Historia Mexicana*. México, El Colegio de México, julio-septiembre, 1965, pp. 1-24.

ficios debidos. No tienen los mexicanos el espíritu emprendedor de los norteamericanos, son “diez veces más ricos que ellos y cien veces menos activos”. Y como si esta hipérbole no fuese suficiente, aún agrega: “No existe sobre la tierra un país cuya configuración física sea tan provechosa.” Si de esta manera se expresa un hombre que tenía reputación científica, ¿qué pueden pensar los demás viajeros? Así se sigue abonando la leyenda de la riqueza mexicana. Así continúa hablándose del país mejor dotado, el que tiene todos los climas, todos los productos, todas las riquezas.

Pero hay una región más rica que las otras: Sonora, poderoso centro de atracción que ejercerá toda la sugestión de un Eldorado. Su clima es ideal, posee las mejores minas de oro y plata, su flora y fauna superan a cuanto pueda imaginarse. No debe extrañarnos que al enterarse Napoleón de aquellas narraciones fantásticas, haya clavado su mirada codiciosa en esa región noroccidental de México.

Pero éste es el aspecto positivo de la narración. Los viajeros incurren en multitud de exageraciones al examinar el perfil negativo. El pueblo es vicioso y apático. Es claro que el mexicano no podía ser el prototipo de los siete vicios, pero en él predominaban la ostentación, el orgullo, la avaricia, la disipación y la pereza. Poseyendo México una población con tales lacras a juicio de sus censores, no era extraño que hubiera sido incapaz de cimentar la paz y el orden. Carecía de clases directoras y no había logrado el equilibrio de sus finanzas. El militarismo y un clero corrupto e ignorante, contribuían al acrecentamiento de los males del país. Es curioso notar que en las observaciones de los viajeros, sólo se habla de los grandes defectos de los ministros de la Iglesia, sin reconocer las cualidades y la extraordinaria cultura de muchos de ellos. Esta manera unilateral de juzgar al clero sobreviviría aún después del desastre del Segundo Imperio mexicano. Espíritus tan penetrantes como Émile Ollivier no serían capaces de sustraerse a este prejuicio.

Ante el criterio de los viajeros franceses, México ha llegado al último extremo de la degradación y la miseria. Sus minas no se explotan debidamente. El país es importador de algodón cuando posee un suelo que podía no sólo satisfacer sus necesidades sino aun exportar un excedente. Los extranjeros son víctimas de los préstamos forzosos. Los caminos están infestados de bandideros. México no podrá progresar por sí mismo. Si en sus asun-

tos no intervenía Europa lo harían los Estados Unidos. ¿Existe algo que pueda justificar la intervención? A juicio de los escritores franceses, la ingerencia europea en los asuntos de México beneficiará a esta nación y a los países del Viejo Mundo.

Napoleón se consideraba como el árbitro de los destinos de Europa, ¿no podía aspirar a ser también el árbitro del equilibrio americano? ¿En qué grado la literatura viajera de los franceses pudo haber influido en la mente de Napoleón, para impulsarlo a emprender una aventura en América? Es difícil contestar de una manera satisfactoria a esta pregunta. Margarita Martínez Leal no ha querido comprometerse para dar un juicio categórico, pero transcribe una carta del emperador de los franceses al conde de Flahault, quien debía en su calidad de ministro diplomático presentarse a Lord Palmerston a fin de dársela a conocer.

Es inútil que yo me extienda aquí sobre el interés común, que nosotros tenemos en Europa, en ver a México pacificado y gozando de un gobierno estable. Por una parte este país, dotado de todas las ventajas de la naturaleza, ha atraído muchos de nuestros capitales y de nuestros compatriotas cuya existencia se encuentra sin cesar amenazada, pero además, al regenerarse formaría una barrera infranqueable a las usurpaciones de América del Norte. Ofrecerá una salida importante al comercio inglés, español y francés explotando sus propias riquezas, en fin, haría un gran beneficio a nuestras fábricas extendiendo sus cultivos de algodón. El examen de estas diversas ventajas, así como el espectáculo de uno de los más bellos países del mundo entregado a la anarquía y amenazado de una ruina próxima, son las razones que me han interesado vivamente en la suerte de México.<sup>3</sup>

Los franceses no eran los únicos en exaltar la belleza y el poderío económico de México. Un grupo considerable de mexicanos se había engañado a sí mismo y hablaba de un país de riqueza fabulosa que tenía necesidad de ser intervenido.

Inglaterra, tampoco dada a dejarse conmovir por los entusiasmos latinos, había sido víctima de aquel delirio colectivo. Para la patria de Lord Russell, México era indudablemente un país privilegiado por la naturaleza. Si no pagaba sus deudas era porque estaba regido por un gobierno de facinerosos. La prensa británica contribuía a la difusión de tal sofisma.

<sup>3</sup> Margarita Martínez Leal de Helguera. *Ob. cit.*, pp. 241-242.

México es un país de incalculable riqueza (*The Post*). Gracias a la debilidad, a la volubilidad, y sobre todo a la corrupción del gobierno mexicano (si aquello puede llamarse gobierno), un hermoso país que posee acaso más riquezas que ningún otro, ha vivido en bancarrota permanente, y más aún va de mal en peor (*The Morning Advertiser*). No hay excusa posible para los actos criminales, para la falta persistente de honradez y fraudes del gobierno mexicano, el cual dispone de un país mucho más rico que otros en todo aquello que puede producir la prosperidad de un pueblo... La negativa para satisfacer las justas deudas de los extranjeros, no proviene de falta de recursos, ni debe recaer sobre la generalidad del pueblo mexicano: es el resultado de la conducta nefanda de los gobiernos (*The Morning Chronicle*). La inmensa variedad de sus productos y los recursos minerales que forman las siete octavas partes de sus exportaciones, son sacrificados gustosamente a animosidades políticas despreciables y sin objeto (*The Times*). Ningún país podría ser más poderoso que México por estar formado de llanuras y montañas, y singularmente situado entre el Atlántico y el Pacífico... Tiene dentro de sus fronteras todos los climas del mundo y facultades de producción casi incomprendibles. A pesar de la pobreza e insalubridad de ciertas regiones, son todas ellas tan fáciles de explotar que nadie puede morir de hambre en México, pues aun el más ocioso obtiene elementos de la tierra (*The Daily Telegraph*).<sup>4</sup>

Aquella efervescencia culminó con una invasión armada en México por parte de las fuerzas de Francia, Inglaterra y España, países signatarios de la Convención de Londres. Mas el general Prim y Sir Francis Wike tuvieron el buen sentido de aceptar las explicaciones y las promesas del gobierno de Juárez, que declaró estar dispuesto a cumplir sus compromisos internacionales.

Napoleón III empeñado en su propósito de crear un imperio latino en México, empujó al infortunado archiduque Maximiliano de Habsburgo, a una aventura que tuvo su desenlace trágico en Querétaro.

Mas en el año de 1864, era tanta la confianza que producía Maximiliano entre muchos europeos, como el probable regenerador de un fabuloso país exótico, que hasta en Bélgica despertaba entusiasmo el falso concepto de la riqueza mexicana.

<sup>4</sup> Citas hechas por Carlos Pereyra. *Juárez discutido como dictador y estadista. A propósito de los errores, paradojas y fantasías del Sr. Don Francisco Bulnes*. México, Tipográfica Económica, 1904, pp. 52-53.

El 10 de abril de 1864 en que Maximiliano aceptaba en Miramar formalmente la corona de México, escribía al barón Alfredo Luis van der Smissen indicándole que lo había designado teniente coronel y comandante de un cuerpo militar que debía organizarse en Bélgica y que tendría como su jefe superior al general Chapelié.

Era preciso hacer un reclutamiento de soldados con destino a México. Para este fin el mismo 10 de abril escribía Maximiliano al barón Chazal, ministro de Guerra de Bélgica, diciéndole que si el general Chapelié no aceptaba ser el jefe de la expedición belga, en tal caso asumiría el mando supremo Van der Smissen. Le notificaba también haber abierto un crédito de 1.800,000 francos en la sucursal de la casa Rothschild en Bruselas, a fin de hacer frente a los gastos que demandaría el reclutamiento.

La propaganda a favor de la expedición había sido muy intensa. Desde el mes de marzo de 1864 aparecieron anuncios en los periódicos, se fijaron cartelones en los muros de Bruselas, para incitar a los belgas a una aventura en un país que ejercía sobre las imaginaciones una sugestión más poderosa que una expedición a China, que en aquellos tiempos también lograba tener considerable número de adeptos. Las ventajas para el enrolamiento eran múltiples. Los propagandistas no carecían de argumentos para tratar de convencer a los aspirantes, Maximiliano mismo había precisado sus ofrecimientos. Para los 2000 belgas que se reclutasen habría excelentes sueldos, pensiones tentadoras, indemnización a los que quisieran volver después de seis años de servicios y todas clase de facilidades para el regreso. Los que prefiriesen permanecer en México recibirían tierras espléndidas en las regiones más fértiles del país.

Van der Smissen que conocía el valor demagógico que tenía la prensa al servicio de una campaña semejante, influyó ante los periodistas redactores del *Journal de Bruxelles*, *La Belgique* y *Le Nouvelliste* para intensificar la propaganda. Aquella agitación afectó bien pronto las mismas esferas oficiales. El mes de septiembre en la Cámara de Representantes se pedía que el gobierno diese explicaciones sobre el reclutamiento de belgas con destino a México; se pretendió probar por parte de algunos que éste era ilícito, porque violaba disposiciones del código penal, una de ellas el artículo 92 que decía: “Recibirán castigo de

muerte los que levanten o hagan levantar tropas armadas, comprometan o enrolen, hagan comprometer o enrolar soldados o les hubiesen suministrado o procurado armas o municiones sin orden o autorización del poder legítimo.”<sup>5</sup>

L. van der Kerckhove abogado de la Corte de Apelación dirigió al procurador general de Bavay una carta que después reprodujo en un folleto publicado en 1864, y en ella declaraba que “la ley como un ídolo sin culto había sido derribada de su pedestal”.

Mil maneras se habían encontrado para explicar que el reclutamiento no violaba el orden legal. Se dijo que la ley era terminante para proteger la seguridad interna de Bélgica, pero que no prohibía el enrolamiento de soldados con destino al extranjero. Monsieur Bara, uno de los enemigos del reclutamiento, confesaba amargamente su impotencia.

Si yo hubiera encontrado una disposición cualquiera que me permitiera impedir este enrolamiento, yo hubiera subido a la tribuna y hubiera exigido al gobierno que lo impidiera. Bara se había esforzado por tratar de explicar ante la cámara que aquella expedición no podía ser popular: la creación del imperio mexicano, por grandiosa que pudiera presentarse, por caballeresca que pudiera parecer para el príncipe que la empresa, jamás tendrá las simpatías del pueblo belga, porque ella no sale de un movimiento popular, nacional y liberal.

En innumerables folletos se atacó y se ridiculizó a Bara. Había una poderosa corriente de intereses favorables a la expedición belga en México. Uno de los personajes que con más interés defendía la empresa era J. B. Bonnevie abogado también de la Corte de Apelación de Bruselas. Ciertamente que Bonnevie no se movía inspirado por un sentimiento puramente romántico. En octubre de 1864 publicó en Bruselas un folleto de un centenar de páginas, para tratar de justificar la intervención francesa en México, para elogiar la obra de Maximiliano y para señalar la importancia que según él tenía para Bélgica el enganche de voluntarios con destino a México.

Tres meses más tarde Bonnevie “en compañía de M. Haris y Clepkens, dirigió al archiduque una carta pidiéndole una o

<sup>5</sup> Consúltese: L. van der Kerckhove. *Le général Chapelié. L'expédition belge au Mexique. L'Article 92 du code penal.* Bruxelles, Imprimerie de M. J. et compagnie, 1864.

muchas concesiones de tierras fértiles, de una extensión de 10 a 15 leguas cuadradas cada una, situadas en un clima salubre, a proximidad, tanto como fuera posible, de una vía grande de comunicación en el Golfo de México, y cuyo sitio principal se hubiera llamado Charlottenbourg. “Pedía que los empleados de la Compañía, en México y en Europa fueren encargados de las funciones consulares, y quería que el gobierno del archiduque garantizara durante 15 años a los accionistas de la Compañía un minimum de interés de 5% al año, sobre una suma de 1.500,000 francos que se necesitaba a juicio suyo para llevar a buen éxito su operación.”<sup>6</sup>

Había por tanto, razones poderosas, para defender con tanta vehemencia el proyecto de enrolamiento. Eugenio Lefèvre en su obra *Historia de la intervención francesa en México* cita un folleto publicado por Bonnevie en 1865, pero no hace alusión al impreso en octubre de 1864. El folleto de 1864 fue sin duda alguna uno de los mejores medios de propaganda hechos en favor de la expedición belga a México. Como sucede siempre, aun en momentos de locura colectiva, no faltó quien supo hablar con cierta cordura.

Napoleón III ha derribado la República de Juárez, para sustituirla por el Imperio de Maximiliano de Austria. ¡Es la libertad que sucumbe bajo los empujes del despotismo, es el partido liberal mexicano, aplastado por la coalición del clerical y de la invasión extranjera! ¡he aquí la obra a la cual los ciudadanos belgas han querido darle apoyo!

La emperatriz de México es la hija del Rey Leopoldo, y el ministerio, para hacer acto de cortesanía al soberano olvida sus deberes hacia el país, y los enrolamientos de éste hacia las naciones extranjeras, favoreciendo la formación en el suelo belga, de una guardia compuesta de belgas y destinada a garantizar el nuevo trono de México, contra el odio y las violencias del pueblo esclavizado. El ministerio compromete pues la nacionalidad belga, y viola el principio de neutralidad que es la salvaguarda y la condición de independencia nacional.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Eugenio Lefèvre. *Documentos oficiales recogidos en la secretaría privada de Maximiliano. Historia de la intervención francesa en México*. Bruselas y Londres, 1869, t. I, p. 370.

<sup>7</sup> Argumento citado por J. B. Bonnevie. *Les volontaires belges au Mexique*. Bruxelles, Typographie et Lithographie de J. Nys, 1864, p. 6. Naturalmente Bonnevie al hacer referencia a este juicio, lo declaraba demagógico diciendo que mediante el empleo de expresiones como libertad, independencia, liberalismo y honor nacional se trataba de conmovir la opinión pública.

Mas contra el buen sentido estaba el interés de agitadores como Bonnevie, quien declaraba que México gozaba de un clima ideal en la mayor parte de su territorio. Era un país privilegiado desde el punto de vista de su agricultura, sin embargo, ésta no progresaba todo lo debido, ya que impuestos considerables la gravaban, faltaban buenos medios de transporte y la propiedad estaba en muy pocas manos. Agricultores y propietarios se caracterizaban por su indolencia. Por otra parte, los medios de explotación de la tierra y los instrumentos usados eran tan imperfectos como los que habían empleado trescientos años antes los españoles al conquistar y colonizar el país. Además, el bandolerismo y el militarismo eran un azote para los propietarios que vivían en estado de perpetua zozobra.

Al hablar de la situación política de México, Bonnevie trazaba un cuadro sombrío: “La anarquía reinaba en todo el país en mil formas. Bandas armadas pillaban y robaban impunemente.” México era el hogar por excelencia de las revoluciones, solamente el establecimiento de la monarquía podría producir el retorno del orden y hacer la dicha de la nación. Gracias a Maximiliano y a Carlota se libertaba al país del yugo de los puros. Napoleón había recurrido a la violencia para consolidar un imperio; el fin justificaba los medios. Francia había salvado la soberanía de México. Partiendo de este principio, Bonnevie tenía que ver con horror y a través de los cristales de la hipérbola la obra de Juárez y Comonfort.

Entre Juárez y Maximiliano no había que dudar. Bonnevie apoyado en los artículos escritos en *El Monitor Universal* y *L'Estafette* hacía la apología del soberano. Decía que dos veces por semana el príncipe daba audiencia a toda clase de personas sin reparar en su condición económica ni en su situación social. Además, impulsaba la educación nacional, preocupándose por el interés intelectual y moral de la juventud. Por su claro talento, sus nobles sentimientos, sus ideas progresistas, su espíritu conciliador Maximiliano había logrado hasta la simpatía de las poblaciones enemigas del sistema imperiaísta.

No faltaba quien pensase que los Estados Unidos bien pronto podían rehacer la Unión y destruir el Imperio mexicano en nombre del sistema republicano y apoyándose en la Doctrina Monroe. Bonnevie declaraba que aun cuando se reconstruyesen los Estados Unidos, muchos años tardarían en ver cicatrizar sus heridas. No

sería por otra parte difícil que la República vecina reconociese el Imperio de Maximiliano.

Se creía que siendo México un país enormemente rico, no tenía derecho a guardar su riqueza para sí mismo. Pretendiendo hablar en nombre de la civilización, Bonnevie trataba de justificar la intervención francesa. Era un imperialismo benéfico a la humanidad aplicado lo mismo en México, que en Argelia, en China y en la India.

¿Qué conclusiones podían sacarse de los juicios de Bonnevie? ¡Para los países miserables no se había elaborado esa doctrina justiciera! Pero México no era un país miserable, sino una de las naciones más ricas del planeta como diría más tarde M. Corta y como lo habían concebido antes viajeros como Michel Chevalier y tantos otros maestros en la elaboración de apreciaciones pleróticas de sofismas y en las que la fantasía jugaba un papel de primer orden.

Había muchos países en el mundo necesitados de una protección generosa, pero no todos eran ricos como México y por lo tanto, no todos eran merecedores de la intervención de los países europeos.

Bonnevie no recató sus elogios a Van der Smissen, que tan activamente trabajaba a favor del enrolamiento. Sus dos mil voluntarios belgas ayudarían a restablecer en México la calma y la legalidad, darían ejemplo de orden, de disciplina; serían “los pioneros de la civilización europea”.

Al final de su folleto daba Bonnevie rienda suelta a su lirismo.

Id pues a inspirar en vuestros nuevos compañeros de armas el amor al orden, los hábitos de subordinación, la observación de la disciplina más severa; id pues a transmitir las tradiciones del honor militar, y luchando con bravura con ellos, marcharéis a la victoria bajo el pabellón del príncipe caballeresco... Ardientes en la batalla, sed plenos de generosidad después de la victoria; honraréis al enemigo vencido, al valor desgraciado y tenderéis la mano para levantarlo y hacer de él un amigo.<sup>8</sup>

Y como si no fuera suficiente la copiosa literatura extranjera que exageraba la riqueza de México, un grupo de mexicanos en Europa había trabajado activamente a favor de la creación de un sistema monárquico.

<sup>8</sup> J. B. Bonnevie. Ob. cit., p. 101-102.

